

y esperanzas de Talleyrand; no es necesario entrar en los detalles: el resumen del todo puede espresarse con la palabra DINERO; era necesario satisfacer la avaricia de Talleyrand y del Directorio y la de la nacion entera; dar dinero, mucho dinero, era el grito de todos; ellos decian; dadnos dinero, y pronto arreglaremos los negocios, rehusad y despleguemos sobre vosotros las victoriosas banderas de Francia. Talleyrand necesitaba solo unos doscientos cincuenta mil duros para sus gastos privados; el Directorio se contentaba con que se le presantaran, ó mejor dicho, se le dieran trece millones de duros, y parece que aquella gente llegó á creer que los americanos, como si fueran perros á quienes se ahuyenta á latigazos, se someterian á tan mezquinas y miserables proposiciones!

Los enviados escucharon estas cosas con el objeto de ver cuáles serian las intenciones de Francia, pero á fines de octubre contestaron indignados con una terminante negativa. Sin embargo, los agentes de Talleyrand continuaron en su obra; la victoriosa marcha del ejército francés les inducia á sacar partido del temor de los ministros americanos; Francia ostentaba orgullosa su inmenso poderío; vanagloriábase ya de la humillacion de Austria, y se anunciaba como segura la conquista de la Gran Bretaña. Decian los agentes que solo Francia podria salvar á la América, y se espuso con arrogancia que los Estados-Unidos debian tener presente la suerte de Venecia; que el Directorio era mas poderoso de lo que se creia, y que usaria de su fuerza sin escrúpulo.

El día 1.º de noviembre, los enviados resolvieron no continuar sus negociaciones indirectas con el Gobierno, tratando, aunque en vano, de que se les reconociera oficialmente. Talleyrand siguió mostrándose tan pertinaz

como siempre, y en varias ocasiones que encontró á los enviados por casualidad, renovó las peticiones de dinero que ya habian hecho sus agentes.

Viendo que no les era posible obtener la recepcion oficial, los enviados, segun dice Marshall, dirigieron una carta al ministro de negocios extranjeros, en la que le daban estensamente las esplicaciones que les habia hecho su Gobierno, probando además con varios hechos su amistoso proceder hácia Francia (*). El Directorio no obstante, confiaba demasiado sobre su influencia en América para desistir de su empeño, mas á pesar de no haber alcanzado resultado alguno con sus esfuerzos, y aunque persuadidos de la inutilidad de sus tentativas, los enviados continuaron poniendo en juego con la mayor paciencia todos los medios posibles á fin de impedir el rompimiento que parecia inevitable. Durante estas transacciones, aprovecharonse todas las oportunidades para insultar al Gobierno americano; los cruceros de Francia se pronunciaron en abierta guerra contra el comercio de la Union, y la bandera de los Estados-Unidos era suficiente motivo para proceder á la captura del buque que la ostentase.

Al fin, cuando se hubieron agotado las demostraciones y cuando se conoció que la resolucion de los enviados americanos era tan firme como templada habia sido su conducta, tratóse de inducir á Pinckney y á Marshall á que dimitieran su cargo; cometiéronse contra ellos indignos abusos, y por último, se les mandó que saliesen del territorio de Francia. Como para agravar este insulto nacional, Talleyrand, en una memorable carta escri-

(*) Este documento, que al parecer fué redactado por Juan Marshall y Mr. Gibbs, es un verdadero monumento en la diplomacia de América, y se remitió á Talleyrand á fines de enero de 1798.

ta el 18 de marzo espresábase así: «El Directorio se halla dispuesto á tratar con aquel de los tres enviados, cuyas opiniones parecian mas imparciales, y que prometa proceder con la franqueza que se necesita en esta negociacion.» Mr. Gerry, á quien el aturdido ministro creyó que podria manejar mejor, fué invitado á quedarse, y el ministro americano lo hizo así porque se le amenazó con declarar inmediatamente la guerra si se marchaba. Los colegas de Gerry salieron de París en el mes de abril, con direccion á su pais, á fin de dar cuenta del mal éxito de su mision; Mr. Gerry permaneció algunos meses mas en la corte de Francia, y marchó luego á los Estados-Unidos (*).

El Congreso se habia aplazado hasta el segundo lunes del mes de noviembre, pero hasta el 23 no se reunió en Philadelphia un número suficiente de senadores y representantes para que pudieran empezarse las sesiones. Segun dijo luego el Presidente en su discurso de apertura, affigia á la ciudad una epidemia contagiosa y tan maligna, que temia fuera necesario celebrar las sesiones en otro punto (**). Los asuntos con Francia ocuparon como es natural, con preferencia, la atencion del Presidente, si bien solo pudo hablar de la llegada de los enviados especiales á Francia, y de las depredaciones que cada vez en mayor número seguia cometiendo

(*) Durante su permanencia en Paris, despues de la marcha de sus colegas, Mr. Gerry se negó á seguir tratando con el Gobierno, pero segun dice Gibbs (vol. II, pág. 149.) se le invitó á celebrar una conferencia con Talleyrand, en la cual éste infirió al enviado repetidos insultos tanto á su persona como á su pais, ridiculizando su credulidad y burlándose de sus pretensiones. En aquella conferencia, parece que el ministro francés se habia propuesto obtener una negativa terminante ó sacar el mejor partido posible de su adversario. Mr. Gerry llegó á los Estados-Unidos el 1.º de octubre de 1798; el nieto de Juan Adams dá esplicaciones sobre este asunto muy favorables para Mr. Gerry.

(**) Andrés Jackson se presentó en aquella legislatura como senador de Tennessee.

aquella nacion con el comercio de los Estados-Unidos.

«El comercio de la Union, dijo el Presidente, es esencial sino para su existencia, para sus comodidades y prosperidad. El genio, carácter y costumbres del pueblo, son altamente comerciales; sus ciudades se formaron por el comercio y por él existen, y lo mismo sucede respecto á las pesquerías, á las artes y á la fabricacion, que están íntimamente relacionadas con aquel. En una palabra, merced al comercio ha llegado á ser esta nacion lo que es, y no podemos abandonar aquel, ó dejar de protegerle, sin esponer al pueblo á que se vea reducido á la mayor miseria. Muchos hay que se sostienen solo con la navegacion; las sociedades y las empresas están interesadas, lo mismo que los ciudadanos, en que se respete el derecho comercial. y en esta situacion de los negocios, faltaria á mi deber si dejara de recomendaros la adopcion de las medidas mas convenientes para proteger el comercio, poniendo luego al pais en estado de defensa, que es el medio mas seguro de obtener los fines que nos proponemos.»

Despues se habló del estado de las negociaciones con España, de la probable renovacion de las hostilidades con los indios, de los procedimientos de los comisionados del tratado británico, y de las medidas que seria necesario adoptar á consecuencia de las numerosas presas que hacian los cruceros franceses en los buques americanos; y últimamente se recomendó una modificacion del *Acta consular* en vista de haberse sabido que algunos buques extranjeros llevaban pabellon de los Estados-Unidos y documentos falsos. Encareciendo la necesidad de apoyar al Gobierno, el Presidente aseguró al Congreso que podia contar con el celo y auxilio del poder ejecutivo en todas aquellas medidas que tuvieran por objeto conservar el ho-

nor de la nacion y asegurar la prosperidad del pais.

Las contestaciones de ambas Cámaras manifestaban que el partido federal era tan fuerte en el Senado como lo era la oposicion en la otra Cámara. Tomáronse luego en consideracion los diversos puntos de que habia hablado el Presidente en su discurso, y á principios de marzo de 1798, mientras el Congreso discutia la cuestion referente á permitir que los buques mercantes se armaran para su propia defensa, recibieron despachos de los enviados de Francia.

1798.

El Presidente comunicó por medio de un mensaje las noticias que acababa de recibir: el decreto francés de 8 de enero por el cual se declaraban buena presa todos los buques neutrales que llevaran á bordo mercancías ó artículos del producto de Inglaterra, produjo una gran sensacion en el comercio del pais, siendo esta la causa de que el Presidente escitara al Congreso á que adoptase con la mayor urgencia los medios convenientes para defender los derechos y el honor nacional.

Suscitóse un debate en la Cámara sobre las relaciones con Francia, y la oposicion alegó que no debia considerarse necesaria la guerra con aquella potencia, pero antes de procederse á la votacion respecto á la inconveniencia de romper las hostilidades, tradujéronse ciertos despachos cifrados, y se remitieron al Congreso los famosos documentos que se titularon X. Y. Z. y habiendo dispuesto las dos Cámaras que se circularan por el pais, escitóse en el mas alto grado la indignacion del pueblo (*). Las vergonzosas

(*) Es un hecho digno de tenerse en cuenta que la contestacion de Talleyrand á la carta de los enviados americanos, contestacion que acriminaba el Gobierno de América en los términos mas insultantes, se hallaba en poder del editor de la *Aurora*, antes de recibirla el Presidente de los Estados-Unidos! Este inconcebible abuso de la prensa de

condiciones impuestas por Francia para conservar la paz, provocaron la cólera de los ciudadanos; las palabras de Pinckney. «Busquemos millones para la defensa, pero ni un céntimo para el tributo,» resonaron como un solo grito hasta los últimos confines de la Union; la negra cucarda de los soldados de la libertad se dejó ver de nuevo en todas partes, y Hopkinson y R. T. Paine dieron nuevo impulso al entusiasmo nacional con sus populares canciones, *¡Dios te salve Columbia!* y *¡Adams y libertad!* Dirigiéronse al Presidente patrióticas manifestaciones, y no pudo por último ponerse en duda que todo el pueblo se levantaria como un solo hombre para rechazar la invasion extranjera.

1798.

A pesar de todo esto, los jefes de partido continuaban defendiendo á Francia y achacaban la culpa de todo á su propio pais, al sostener que nada tenian de hostiles las intenciones de aquella potencia; que aun admitiéndolo así, no pedia mas que pruebas de amistad que ella habia dado en un momento crítico; que los verdaderos intereses de los Estados-Unidos exigian que se accediese á la demanda y que la resistencia en fin se convertiria en una derrota. Pero ni estas opiniones ni los argumentos del partido bastaron á dominar el sentimiento unánime de la nacion, y fué necesaria, como dice muy bien Marshall, la cooperacion de otras causas para restablecer la influencia de aquellos que combatian al Gobierno (*).

partido, que tuvo la audacia de dar á conocer la insolencia de Talleyrand sin publicar el contenido de los demás documentos, puso al Congreso en la necesidad de darlos á luz para que el público tuviera conocimiento de ellos.

(*) Mr. Tucker, apasionado amigo y partidario del tercer Presidente como político y como hombre, censura la tenaz animosidad de Jefferson y su injustificable empeño de defender á Francia en la cuestion de los agravios que infirió á nuestros embajadores. Hé aquí lo que dice con este motivo: «Debe admitirse que si Mr. Jefferson fué el objeto de la ani-

En el Congreso se adoptaron vigorosas medidas para tomar satisfaccion de los agravios inferidos y oponerse á los que se intentaran. Entre otras cosas se dispuso la organizacion de un ejército regular, el aumento de un cuerpo de artillería é ingenieros; la formacion de doce regimientos de infantería y uno de caballería, cuyas fuerzas debian servir mientras que existiesen las diferencias con Francia. Tambien se autorizó al Presidente para que nombrara oficiales y organizara cuerpos de voluntarios además de la milicia, pero estos no debian recibir paga alguna hasta que entrasen en activo servicio. El decreto autorizando la formacion del ejército provisional, fué aprobado á fines de mayo de 1798. En medio de la escitacion producida por estos preparativos, y allá por el mes de junio llegó á los Estados-Unidos Juan Marshall, y dió á conocer las indignidades cometidas contra él y sus colegas. El 21 de junio, el Presidente remitió á la Cámara un breve mensaje, acompañando adjuntos algunos documentos sobre las negociaciones con Francia; este mensaje terminaba con las siguientes palabras, que mas tarde se recordaron en perjuicio de Juan Adams. Hélas aquí: «No enviaré nunca á otro ministro á Francia sin estar seguro de que se le respetará y honrará como representante de una nacion grande, libre, poderosa é independiente.»

1798.

Fácil es comprender que Washington no era espectador impasible de los acontecimientos que tenian lugar, pues aunque entregado á sus trabajos favoritos de agricultura, y retirado completamente de la vida pública, no dejaba de interesarle todo cuanto

madversion de sus enemigos, y si estos le calumniaron, no se quedó aquel atrás en este terreno, pues no vaciló en atribuirles proyectos impropios de una persona honrada y de nobles sentimientos.»

madversion de sus enemigos, y si estos le calumniaron, no se quedó aquel atrás en este terreno, pues no vaciló en atribuirles proyectos impropios de una persona honrada y de nobles sentimientos.»

tuviese la menor relacion con el bienestar de su patria. Supo con profunda indignacion cuáles habian sido los insultos del Directorio y cuántos abusos se cometian contra el comercio americano, y por esto aprobó completamente las vigorosas medidas recomendadas para la defensa del pais. Segun podia esperarse, tan pronto como se previó que acaso fuera necesario apelar á las armas, todos pensaron en Washington, considerándole como el hombre mas á propósito para confiarle el mando del ejército, y Hamilton y otros amigos suyos le escribieron rogándole que aceptase el cargo. A una carta del Presidente fechada el 22 de junio en la que le decia: «Es muy importante para nosotros contar con vuestro nombre, y si nos permitís usarlo, creed que esto será mas eficaz para nosotros que todo un ejército;» Washington contestó lo siguiente: «En la época en que yo me retiré, una invasion de estos Estados por una potencia Europea, ó aun la probabilidad de semejante acontecimiento en mis dias, me hubiera parecido una cosa tan improbable, que no podia suponer que en tan corto período ocurriera un hecho que me obligara á separar la vista de las sombrías alamedas de Monte Vernon. Pero esta parece la época de los milagros, y no parece sino que la injusta y aturdida Francia, meditando proyectos que no está á nuestro alcance comprender, trata de sacrificar á sus propios hijos y turbar la paz de todo el mundo.

»Al pensar en el pasado y en el presente, no me es fácil resolver satisfactoriamente acerca de la determinacion que me convendria tomar, pero en el caso de que invadiesen el pais fuerzas formidables, no trataria de escudarme con mis años y la necesidad de entregarme al reposo si la patria necesitara de mis servicios. Si se espera semejante acontecimiento, lo cual debe saber mejor el

Gobierno que los particulares, podría ser peligroso un retraso, que no justificaria medida alguna de prudencia. No puedo sin embargo creer, que cuidándose tan poco los franceses de los tratados y de las leyes de las naciones, y aunque sean capaces de cualquier injusticia ó despotismo, se atrevan á invadir este pais despues de haber visto que el pueblo está dispuesto á resistirseles aun cuando sea á costa de sus vidas y fortunas. Comprendo que los franceses han llegado á creer, por lo que dicen sus partidarios entre nosotros, que somos un pueblo dividido, que no apreciamos á nuestro Gobierno y que la presencia de algunas fuerzas seria suficiente para provocar una revolucion. No sé hasta qué punto podrá influir en ellos semejante creencia, pero mas pronto ó mas tarde será forzoso que se desengañen. Si el Directorio resuelve que se nos ataque, mas bien calificaré su determinacion de locura que de maldad.

»Una vez espuesta mi opinion sobre este punto, solo me resta añadir que los que me conocen saben muy bien que si una necesidad imperiosa me indujera á dejar una vez mas la tranquilidad de mi retiro para lanzarme en la espinosa senda de la vida pública, precisamente en dias en que necesito mas entregarme al reposo, experimentarías sensaciones mas fáciles de concebir que de expresar.»

Washington escribió tambien al Secretario de la Guerra ofreciéndole sus consejos é indicándole las medidas mas convenientes que se debian tomar en semejante crisis; pero antes que sus cartas llegaran á la residencia del Gobierno, Adams le habia nombrado general en jefe de los ejércitos de los Estados-Unidos, eleccion que el Senado aprobó por unanimidad en 3 de julio de 1798. Mr. M'Henry, Secretario de la Guerra, marchó personalmente á Monte Vernon para entregar el despacho.

Segun dice Mr. Sparcks, Washington aceptó el nombramiento con dos condiciones; la primera, que se le autorizara para nombrar los primeros oficiales y la segunda que no se le llamase al campamento hasta que la situacion del ejército exigiera su presencia ó bien cualquiera circunstancia imprevista. Washington añadió sin embargo que no necesitaba auxilio alguno para organizar el ejército, y siguiendo la regla que se habia impuesto siempre, renunció á los honorarios que correspondian á su cargo, mientras no ocurriese gastos extraordinarios. Al aceptar el nombramiento, Washington escribió una carta al Presidente, en la que se leian las siguientes espresivas palabras: «Creedme, amigo mio; ninguno puede aprobar mas sinceramente que yo las prudentes y sabias medidas de vuestra administracion, que en mi concepto deben inspirar general confianza y combinadas con el actual estado de cosas, bastarán para que el Congreso dicte las leyes mas oportunas á fin de hacer frente á la crisis por que atravesamos. Convencidos de que, deseando lealmente evitar la guerra, habeis apurado hasta el último extremo los medios de reconciliacion, podemos apelar al Todopoderoso, que conoce la justicia de nuestra causa, confiando siempre en esa Providencia Divina que tan señaladas muestras de proteccion ha dado hasta aqui al pueblo de los Estados-Unidos.»

Entre tanto el Congreso se ocupaba en discutir activamente los asuntos de preferencia, adoptándose desde luego las medidas que se creyeran mas necesarias en aquella situacion. Ya hemos hablado anteriormente de los medios que se propusieron para organizar el ejército de tierra, por si acaso intentaban los franceses una invasion, pero antes de esto, ya se habia recomendado eficazmente al Congreso que se organizase la ar-

mada, y esta fué una de las medidas mas importantes de la administracion de Adams. Hasta entonces, todo lo que se referia al servicio marítimo de la Union, se habia encomendado principalmente al Secretario de la Guerra y á ciertos oficiales del departamento del Tesoro, pero llegado el momento de ser necesario un aumento de fuerzas navales por la cuestion con Francia, juzgóse que los asuntos referentes á la marina no debian confiarse á un departamento separado. A fines de abril, se creó el departamento de la armada aun cuando se opuso á ello el partido republicano, pues se aprobó el *bill* por cuarenta y siete votos contra cuarenta y uno. Ofrecióse el cargo de Secretario á Jorge Cabot, de Massachusetts, persona que reunia excelentes condiciones para desempeñar este destino, mas no habiendo aceptado, se nombró á Benjamin Stoddert, de Maryland, quien ocupó la plaza de Secretario de la armada en 21 de mayo. Segun dice Cooper en su *Historia naval*, el buque *Estados-Unidos*, de cuarenta y cuatro cañones, fué el primero que se botó al agua despues de organizarse la armada, cuyo acto tuvo lugar en Philadelphia el dia 10 de julio; el 7 de setiembre se botó tambien la *Constelacion*, de treinta y ocho cañones. El total de las fuerzas decretadas por la nueva ley el dia 16 de julio, ascendia á doce fragatas, doce buques de veinte á veinticuatro cañones, seis corbetas y varias galeras y bergantines, con lo cual se reunia entre todo un total de treinta cruceros completamente armados (*).

Hacíase necesario adquirir mas fondos á fin de atender á los gastos que se ocasionaban para poner el pais en estado de defensa y organizar la armada, y en su consecuencia el Comité nombrado al efecto, conferenció con

el Secretario del Tesoro con el objeto de averiguar en qué estado se hallaba la Hacienda y qué cantidad seria necesaria para cubrir los gastos extraordinarios, resultando, segun el informe presentado en 1.º de mayo, que era preciso reunir dos millones de duros, lo cual se conseguiria por medio de una contribucion directa, sobre las tierras, las casas y los esclavos. En vista del informe, procedióse á la evaluacion y al recuento de esclavos, pero hasta el mes de julio no se autorizó al Presidente para que negociara un empréstito por la citada cantidad. A fin de atender á otras exigencias y gastos extraordinarios, espidióse luego otro decreto por el cual se autorizó al Presidente para que tomara cinco millones de duros que debian invertirse en los gastos del servicio público, previniéndose que se negociara dicha suma bajo las condiciones mas ventajosas, debiendo descontarse las respectivas acciones en el término de quince años. Al pago del interés y de una parte del capital debia aplicarse el sobrante de las importaciones y los derechos de tonelaje, comprometiéndose los Estados-Unidos á cubrir con las rentas los déficits que pudieran resultar (*).

El dia 7 de julio se publicó un decreto declarando nulos los tratados que se celebraran anteriormente con Francia, esponiéndose en el preámbulo que aquellos se habian infringido repetidas veces por el Gobierno francés; que las primeras reclamaciones de los Estados-Unidos, no habian sido atendidas debidamente; que las proposiciones de esta última nacion se habian rechazado con desprecio, y que con anuencia del Gobierno

(*) *Administraciones de Washington y Adams*, por Gibbs, vol. II, pág. 67. Este autor dice que los títulos de este empréstito no se espidieron hasta 1799 y que las acciones se conocian en la *Historia de la Hacienda con el nombre de La naval del seis por ciento*.

(*) *Historia naval*, de Cooper, vol. I, págs. 152-153.